

CAPÍTULO XVII

Loque y Chiffe

La amenaza de Miguel no impidió á Pepino llevar adelante sus proyectos de matrimonio. Verdad es que nadie había oído aquella amenaza; pero ¿no la adivinaría todo el mundo si viesen que renunciaba á la mano de Francesca?

La boda debía celebrarse entre la recolección y la vendimia, y la escena que acabamos de referir había tenido lugar hacia fines del mes de Mayo.

Deslizáronse Junio, Julio y Agosto, sin que ocurriera nada que revelase las trágicas intenciones que Pezza había anunciado á su rival.

El día 3 de Septiembre, que era un domingo, el cura anunció desde el altar que el casamiento de Pepino y Francesca se celebraría el 23 del mismo mes.

Los dos novios estaban en misa á pocos pasos de Pezza; en el momento en que el cura leyó la amo-

nestación, Pepino miró á Miguel, cuyo rostro permaneció tan impasible como si nada hubiera escuchado; pero al salir de la iglesia, el ex-sacristán se aproximó al futuro yerno de don Antonio y le dijo al oído estas palabras:

— ¡ Cuenta bien ! ¡ te quedan diez y ocho días de vida !

Pepino se estremeció de tal modo, que Francesca, que iba á su brazo, volvió la cabeza con inquietud y vió á Miguel que la saludaba alejándose tranquilamente.

Pero Francesca no le contestó: desde que Pezza había herido á su novio, nunca devolvía el saludo al aprendiz del guarnicionero.

El domingo siguiente se repitió la amonestación; Miguel esperó á Pepino en el mismo sitio, y con la misma voz tranquila y amenazadora le repitió también la terrible advertencia:

— ¡ Te quedan diez días de vida !

Igual escena tuvo lugar el tercer domingo; sólo que entonces el plazo fatal quedó reducido á cuarenta y ocho horas.

Por fin, llegó aquel 23 de Septiembre, tan temido y tan deseado al mismo tiempo. Era un miércoles. La noche anterior había sido tempestuosa; pero, según hemos dicho en uno de los capítulos prece-

dentes, el día amaneció despejado y un sol magnífico brillaba en el limpio azul del cielo. El casamiento debía celebrarse á las once; don Antonio había cerrado su tienda, y los convidados se hallaban reunidos desde las primeras horas de la mañana en casa de la novia. La comida de bodas y el baile consiguiente debían tener lugar en el terrado, en el patio y en el jardín del maestro carretero.

Nuestros lectores conocen ya la disposición de aquellos lugares, bajo cuyas bóvedas de follaje resonaban gritos de alegría. Ya han visto á los viejos bebiendo alrededor de la mesa, á los jóvenes bailando al son del pandero y de la guitarra, á los músicos agrupados en la escalera que bajaba al patio y al inmóvil y sombrío espectador de aquella escena echado de bruces sobre la tapia divisoria, mientras que el labriego, tendido en su carreta cargada de paja, prolongaba en improvisaciones sin fin ese canto lento y chillón peculiar á los *contadini* de las provincias napolitanas, y mientras que las gallinas, los tordos, los mirlos y los gorriones despojaban alegremente las vides que enlazaban los álamos de aquel cercado que bajo el nombre de huerta ó jardín se extendía desde el patio hasta la falda de la montaña.

Ahora que hemos echado una mirada retrospec-

tiva, nuestros lectores comprenderán por qué D. Antonio, Francesca, y sobre todo Pepino, miraban de cuando en cuando con cierta inquietud al joven de la tapia medianera, á aquel espectador que no tenían derecho de arrojar de allí, y de cuya dulzura de carácter le respondía, aunque sin garantizarla, el compadre Giansimone, quien, desde el memorable día de la explicación, no había vuelto á hablarle de abandonar su tienda, ni había tenido ninguna queja de su conducta.

Las once y media acababan de dar en el momento de terminarse una de las más animadas tarantelas.

Aun no se había apagado la última vibración de la campana, cuando llegó á los oídos del maestro carretero un rumor al cual se hallaban acostumbrados: era el que producían los cascabeles y campanillas de unos caballos de posta, el pesado rodar de un carruaje y los gritos de dos postillones que llamaban á D. Antonio con una voz de chantre que hubiera causado envidia á un *gran cartello* del teatro de San Carlos.

Al oír aquel triple ruido, el digno maestro carretero y sus *honorables* huéspedes comprendieron que el camino de Castellone había hecho una de las suyas y que se trataba de alguno de esos accidentes que tan productiva tarea daban á D. Antonio, tarea en

que algunas veces le ayudaba el cirujano del pueblo, porque en aquellos vuelcos solían quedar las piernas y los brazos de los viajeros en el mismo lastimoso estado que las ruedas y los ejes de los carruajes.

Pero afortunadamente para su individuo, el viajero que entonces llegaba no tenía necesidad sino del auxilio del maestro carretero.

Por lo demás, la sospecha no tardó en convertirse en certidumbre. Uno de los postillones entró diciendo:

— ¡ Dón Antonio, venid pronto !... es para un viajero que tiene mucha prisa.

— Pues si la tiene, tanto peor para él; hoy no se trabaja.

En aquel instante, el viajero apareció en la puerta del pasadizo.

— Y ¿ por qué no se trabaja hoy, ciudadano Antonio ?

El digno carretero, á quien hacía poquísima gracia que viniesen á incomodarle en tales circunstancias, acabó de perder la paciencia al escuchar el título de ciudadano que tan mal sonaba en sus nobiliarios oídos; y ya iba á responder alguna palabrota grosera, según su noble costumbre, cuando al dirigir la vista al viajero conoció que era un personaje

demasiado elevado para tratarle con su ordinaria brutalidad.

Y en efecto: el viajero que interrumpía con su presencia aquel festejo de familia no era otro que nuestro embajador Garat, el cual había salido de Nápoles á las doce de la noche precedente. En su apresuramiento por dejar atrás la frontera del reino de las Dos Sicilias, no había permitido á los postillones que alojasen el paso en el descenso de Castellone, y una de las ruedas del juego delantero de su carruaje se había roto al atravesar un arroyo de los muchos que surcan el arrecife y que van á arrojarse á un riachuelo sin nombre, cuyas aguas corren á orillas del camino.

Resultado: que, no obstante su prisa por llegar á la frontera romana, Garat había tenido que andar á pie la última media legua, circunstancia que realzaba el mérito de la tranquilidad con que preguntó al aparecer en el terrado: « Y ¿ por qué no se trabaja hoy, ciudadano Antonio ? »

El padre de Francesca dió un paso hacia el viajero, y, pareciéndole al ver su uniforme que era un militar y que lo menos debía pertenecer á la clase de generales, puesto que corría la posta en silla de cuatro caballos, respondió dulcificando el acento:

— Dispensad, mi general: ignoraba que tuviese

el honor de hablar á tan elevado personaje como Vuestra Excelencia me parece; de otro modo, no hubiese dicho que « hoy, no se trabaja, » sino que « se trabajará dentro de una hora. »

— ¿Y por qué no inmediatamente? preguntó el viajero en tono conciliador, dando á entender que se hallaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio metálico.

— Porque la campana de la iglesia está dando el último toque, y aunque tuviese que componer la carroza de S. M. el rey Fernando (que Dios guarde) no haría esperar al señor cura.

— En efecto, dijo Garat echando una mirada á su alrededor, se me figura que esto huele á boda.

— Justamente, Excelencia.

— ¿Y es la novia esta linda chica? preguntó el viajero en tono benévolo.

— Sí, señor, y yo soy su padre.

— Os doy mi enhorabuena; pues siendo así, esperaré en gracia de sus bellos ojos.

— Si V. E. quiere hacernos el honor de acompañarnos á la iglesia, quizás le parezca el tiempo menos largo: el señor cura va á predicar un magnífico sermón.

— Gracias, amigo mío, prefiero quedarme aquí.

— Pues bien, quedaos, y á nuestra vuelta beberéis

un vaso de vino de esas cepas á la salud de la novia. En seguida nos pondremos á trabajar.

— ¡Corriente! brindaremos á la salud de los novios. Pero ¿cuánto tiempo durará la ceremonia?

— ¡Oh! no será muy larga... cuarenta y cinco minutos, á lo sumo una hora. ¡Conque, muchachos, á la iglesia!

Todo el mundo se apresuró á obedecer la orden de maese Antonio que aquel día se había constituido en maestro de ceremonias. Sin embargo, Pepino se quedó un poco atrás, y mientras que su novia y los convidados atravesaban el pasadizo, bajó la escalinata y se dirigió al sitio donde estaba Miguel.

— Vamos, Pezza, le dijo avanzando hacia él con la mano extendida y la sonrisa en los labios, sonrisa que no dejaba de ser un poco forzada: olvidemos para siempre nuestras antiguas rencillas, y hagamos las paces.

— Te engañas, Pepino, respondió Pezza; no se trata de hacer las paces, sino de prepararte á comparecer delante de Dios.

Y enderezándose sobre la tapia:

— ¡Novio de Francesca, añadió con acento solemne, te queda una hora de vida!

Dicho esto, desapareció con la rapidez del rayo en el jardín de Giansimone.

Pepino miró en torno suyo, y al verse solo, hizo la señal de la cruz, murmurando para su colete :

— ¡ Señor ! ¡ en tus manos encomiendo mi alma !

Y fué á reunirse con su suegro y con su novia, que iban ya camino de la iglesia.

— ¡ Jesús ! ¡ qué pálido estás ! le dijo Francesca.

— ¡ Quiera Dios que dentro de una hora no lo estés más que yo ! respondió Pepino.

Mientras el cortejo se alejaba hacia la iglesia, el embajador Garat había salido á la puerta de la calle para matar el aburrimiento mirando las personas que pasaban arriba y abajo.

Al dirigir la vista maquinalmente hacia la extremidad de la calle de Fondi, esto es, hacia el camino de Roma, le pareció distinguir, no sin asombro, algunos uniformes franceses.

Aquellos uniformes eran los de un sargento y cuatro dragones que venían escoltando un carruaje, cuyo paso, más bien que al de los caballos de posta, se arreglaba al de los referidos jinetes.

La curiosidad del embajador, vivamente excitada, no podía tardar mucho en quedar satisfecha : el carruaje y su escolta avanzaban hacia él, y bien se detuviesen en el relevo, que estaba al lado, para cambiar de tiro, ó bien se apeasen los viajeros en

la fonda, que se hallaba enfrente, era más que probable que tuviese tiempo de pasarles revista.

Pero sus dudas se desvanecieron antes que llegase el carruaje : al distinguir el uniforme de un alto funcionario de la República, el sargento que mandaba la escolta se adelantó á galope, se detuvo ante Garat, llevando su mano á la altura del casco, y esperó á que le interrogasen.

— Amigo mío, le dijo el embajador con su afebilidad ordinaria ; yo soy el ciudadano Garat, embajador de la República cerca de la corte de las Dos Sicilias, título que me da derecho á preguntaros qué personas son las que vienen en ese carruaje bajo vuestra custodia.

— Mi embajador, son dos vejestorios femeninos, bastante injuriados por el tiempo, y un señor que cuando les habla las llama princesas.

— ¿ Las conocéis de nombre ?

— La una se llama madama Victoria y la otra madama Adelaida.

— ¡ Ah ! ¡ ya caigo ! exclamó el embajador.

— Según parece, continuó el sargento, eran tías del difunto tirano que guillotinaron ; cuando la revolución estalló, tomaron el tole y fueron á esconder el bulto á Viena ; desde Viena vinieron á Roma, donde les faltó poco para morir de miedo al ver

que la república venía detrás de ellas... ; como si la república se metiese con semejantes carcamales ! Pues como iba diciendo, en Roma tuvieron un cisco espantoso y trataron de tomar las de Villadiego, como las habían tomado en París y en Viena ; pero por lo visto había allí una tercera hermana, más vieja que las otras, llamada madama Soffa ; á esta madama Soffa se le entojó ponerse mala en el momento en que ya estaban liando el patatús, en lo cual hicieron lo que debían. En resumidas cuentas, pidieron un permiso de permanencia al general Berthier...

Pero os estoy aburriendo con mi charla, ¿ no es verdad, mi embajador ?

— No, amigo mío ; al contrario, lo que me refieres me interesa muchísimo.

— ¿ Si ? pues entonces, mi embajador, poco se necesita para interesaros. Pues como iba diciendo, una semana después de la llegada del general Championnet, habiéndose muerto la enferma, á cuya casa me mandaba el general todos los días á preguntar por su salud, los otros dos vejestorios pidieron permiso para salir de Roma y pasar á Nápoles, donde, según parece, tienen parientes bien acomodados ; pero temían que en el camino las de-

tuviesen por sospechosas. Entonces el general Championnet me llamó y me dijo : « Sargento Martín, tú que eres un muchacho de educación, que sabes tratar á las mujeres, elige cuatro hombres y ve á acompañar hasta más allá de la frontera á esas dos abuelitas que, después de todo, son princesas de Francia. Conque, sargento Martín, guárdales toda especie de consideraciones, ¿ comprendes ? y no les hables sino en tercera persona y con la mano en la visera. — Pero, ciudadano general, le dije yo : si son dos, ¿ cómo he de hablarles en tercera persona ? » El general se echó á reír del disparate que me había dicho, y respondió : « Sargento Martín, ya veo que eres más listo de lo que yo creía ; pero, amigo mío, te prevengo que son tres, sólo que la tercera es un hombre. Se llama el conde de Chatillón y es su caballero de honor. — Yo creía, ciudadano general, le dije yo, que ya no había condes. — No los hay en Francia, me dijo él ; pero en el extranjero y en Italia quedan todavía algunos desperdigados acá y allá. — ¿ Y qué tratamiento debo dar al tal Chatillón ? ¿ he de llamarle conde ó ciudadano ? — Llámale como quieras ; pero creo que tanto á él como á las personas á quienes acompaña les gustará más que le digas quñor conde ; y como en ello nada se pierde, pue-

des encajarle cada *señor conde* como una casa. » Y dicho y hecho, el general tenía razón : he venido *condeándole* por todo el camino, y tanto gusto les dió á las viejas, que dijeron : « ¡ Qué muchacho tan bien criado, querido conde ! ¿ Cómo te llamas, amigo mío ? » Estuve por responderles que tenía más crianza que ellas, porque yo no tuteaba á su conde como ellas me tuteaban á mí ; pero me contenté con responderles : « Me llamo Martín y se agradece el favor. » ¡ Nunca se lo hubiera dicho ! tanto cariño me cogieron, que me traen hecho un zarandillo. Las pobrecitas no pueden vivir sin mí : á la menor cosa que se les ocurre : « ¡ Escucha, Martín ! ¡ ven acá, Martín ! » y Martín va y viene de una portezuela á otra como un azacán.

Pero ya comprenderéis, ciudadano embajador, que en esas idas y venidas no hay peligro... ¡ la más joven de las dos cartucheras tiene sesenta y nueve años !

— ¿ Y hasta dónde os ha mandado Championnet que las acompañéis ?

— Hasta pasar la frontera, y más lejos, si ellas lo deseaban.

— Bien, ciudadano sargento, has llenado tu cometido, puesto que están ya algunas leguas más acá de la frontera romana : además, sería peligroso ir más lejos.

— ¿ Peligroso para mí ó para ellas ?

— Para ti.

— ¡ Oh ! por eso no os apuréis, ciudadano embajador. El sargento Martín y el peligro son conocidos antiguos y se han visto las caras más de una vez.

— Pero como el de ahora sería inútil y podría tener graves resultados, vas á significar á tus dos princesas que tu servicio ha concluído.

— ¡ Pues apenas van á chillar las infelices ! ¿ qué va á ser de ellas sin su Martín ? ¿ Las veis ?... ya me han echado de menos y empiezan á buscarme con ojos azorados.

Y en efecto : durante el truncado relato del sargento Martín, el carruaje de las viejas princesas se había detenido frente á la fonda del *Riposo d'Orazio* y las pobres señoras, viendo á su protector en tan animada conversación con un personaje que vestía el uniforme de los altos funcionarios republicanos, temieron que se tramase algún complot contra su seguridad ó que hubiesen dado orden de que suspendieran el viaje ; de aquí su aire de ansiedad que tanto halagaba el amor propio del sargento Martín y la cariñosa voz con que en aquel momento llamaban al jefe de su escolta.

Á una señal del ciudadano Garat, — y mientras que éste, para evitar enojosas explicaciones, volvía

á entrar en casa del maestro carretero é iba á sentarse en el solitario terrado, — Martín se llegó á la puerta de la carroza, y con la mano á la altura del casco, según le había prevenido Championnet, transmitió á las regias viajeras la orden que acababa de recibir de volverse á Roma.

El sargento no se había engañado : la noticia afectó profundamente á las dos viejas y las llenó de inquietud. Consultaron con su caballero de honor lo que habían de hacer en semejante apuro, y el resultado de la consulta fué enviar al conde de Chatillón á que preguntase al desconocido de la casaca azul y del penacho tricolor los motivos que se oponían á que el sargento Martín fuese más lejos.

El conde de Chatillón bajó del carruaje, siguió el camino que había visto tomar al funcionario republicano, atravesó el pasadizo de la casa de D. Antonio, y halló á Garat sentado bajo la parra y entretenido en seguir maquinalmente con la vista los movimientos de un joven que en aquel instante saltaba la tapia medianera con una escopeta al hombro, y atravesaba el jardín del maestro carretero en toda su longitud.

Como en aquel país de independencia todo el mundo lleva armas, y como allí los cercados no

tienen al parecer otro objeto que el de ejercitar las piernas de los transeuntes, el embajador no dió gran importancia á aquel incidente; de todos modos, la presencia del conde de Chatillón atrajo sus miradas y se le hizo olvidar.

El conde avanzó hacia él; Garat se levantó.

Hijo de un médico de Ustariz, Garat había recibido una educación esmerada, vivido en la intimidad de los filósofos y de los enciclopedistas y obtenido varios premios académicos por sus diferentes elogios de Suger, de Mr. de Montausier y de Fontenelle.

Hombre de mundo y hablista elegante, no se servía del vocabulario jacobino sino en las ocasiones supremas y cuando no podía menos de hacerlo así.

Al ver al conde de Chatillón, se levantó y salió á su encuentro.

Ambos se saludaron con una cortesía más propia del reinado de Luis XV que de la época del Directorio.

— ¿ Debo llamaros caballero ó ciudadano? preguntó el conde de Chatillón sonriendo.

— Llamadme como queráis, señor conde; de cualquier modo será para mí un honor responder á las preguntas que probablemente venís á hacerme de parte de Sus Altezas reales.

— ¡ Enhorabuena! dijo el conde; ¡ gracias á Dios

que encuentro un hombre civilizado en este país salvaje! Puesto que me permitís conservar ese título á las hijas de Luis XV, vengo á preguntaros en nombre de Sus Altezas reales — no como una reconvencción, sino como una noticia indispensable á su tranquilidad — cuál es la voluntad ó el obstáculo que se opone á que las acompañe hasta Nápoles la escolta que tuvo á bien concederles el general Championnet.

Garat sonrió.

— Comprendo perfectamente, señor conde, la diferencia que hay entre la palabra voluntad y la palabra obstáculo; voy, pues, á probaros que el obstáculo existe y que si al mismo tiempo hay voluntad, es una voluntad previsorá que nada tiene de hostil ni de malévolá.

— Entonces, empezamos por el obstáculo, dijo el conde.

— Es muy sencillo, caballero; desde anoche está declarada la guerra entre la República francesa y el reino de las Dos Sicilias; esto supuesto, comprenderéis que uná escolta compuesta de cinco enemigos sería un peligro más bien que una protección para Sus Altezas reales. En cuanto á la voluntad, se origina, como podéis conocer, del mismo obstáculo, y no es otra que la mía; pues no quiero exponer á

las ilustres viajeras á ser insultadas ni á sus pobres guardianes á ser asesinados. Creo que he respondido categóricamente á la categórica pregunta del señor conde.

— Tan categóricamente, caballero, que me haríais un señalado servicio si consintieseis en repetir á Sus Altezas reales lo que me habéis hecho el honor de decirme.

— Tendría en ello sumo placer, señor conde; pero un sentimiento de delicadeza, que apreciaríais si os fuera conocido, me impide, bien á mi pesar, ofrecerles mis respetos.

— ¿ Es un motivo reservado que no podéis comunicarme ?

— De ningún modo, caballero; lo que me impide acceder á vuestra súplica es el temor de que mi presencia les sea desagradable.

— ¡ Imposible !

— Tengo sobre vos la ventaja de saber que sois el señor conde de Chatillón, caballero de honor de Sus Altezas reales, mientras que vos ignoráis quién soy.

— Cierto, caballero; pero puedo afirmar que sois un hombre atento y cortés en alto grado.

— Por eso tuve el fatal honor de que la Convención me eligiese para leer al rey Luis XVI su sentencia de muerte.

El conde de Chatillón pegó un brinco hacia atrás como si hubiese pisado una víbora.

— Pero, entonces, murmuró, ¿sois el convencional Garat?

— El mismo, señor conde; ya lo veis, si mi nombre ha producido tal efecto en vos que no sois pariente, al menos que yo sepa, del rey Luis XVI, ¿qué efecto no produciría en esas pobres princesas, que eran tías suyas? Verdad es, añadió el embajador con irónica sonrisa, que no tenían gran cariño al sobrino; pero hoy que ha muerto le adoran con todo su corazón, por aquello de que nadie es perfecto hasta que baja al sepulcro.

El señor conde de Chatillón saludó á Garat y fué á noticiar á madama Victoria y á madama Adelaida el resultado de su entrevista.

CAPITULO XVIII

Fra Diávolo

Las dos viejas princesas que escoltaba el sargento Martín — y junto á las cuales volvió el conde de Chatillón asustado de haber visto cara á cara, no ya á un regicida, sino al mismo que había leído á Luis XVI su sentencia de muerte — no son nuevos conocimientos para aquellos de nuestros lectores que se hallen familiarizados con nuestras obras: en nuestro libro titulado *José Bálsamo* las han visto aparecer treinta años más jóvenes, bajo los nombres con que acabamos de designarlas, y al mismo tiempo bajo los apodos menos poéticos de *Loque y Chiffe* (1) que en su familiaridad paternal les daba el buen rey Luis XV.

Ya hemos dicho que la tercera, la princesa Sofia — á quien su real primogenitor había puesto el

(1) Arambel y Tiritaña.